

Cardenal Dr. D. Isidro Gomá y Tomás

PARÁBOLA DE LOS COLONOS REBELDES (33-46)

Indica Jesús en ella los bienes inmensos dispensados al pueblo de Dios, los crímenes de sus rectores y su condenación, y profetiza su propia muerte a manos de los mismos. Es como un desarrollo de la anterior y un compendio de toda la historia del pueblo de Israel. El primer Evangelista, que suele ser menos minucioso que los demás en detalles, supone a los siervos enviados globalmente a los colonos por el padre de familias; Marcos y Lucas envían singularmente a tres siervos, uno después de otro, a los que los malos arrendadores infieren diversos ultrajes, llegando a matar al tercero.

Y púsose a decir al pueblo: Escuchad otra parábola, les dice, reclamando su atención: *Había un padre de familias que plantó una viña*: es Dios, que escogió para sí el pueblo de Israel, comparado varias veces en la Escritura a una viña (Ps. 79, 9; Is. 5, 7; Jer. 2, 21; Ez. 15, 1-6, etc.). *Y la cercó de vallado*, para que no la devastaran las bestias (Ps. 79, 14; Cant. 2, 15): esta valla era la ley que separaba y defendía al pueblo de Dios de los gentiles: o la providencia especial que de él tuvo: o la misma tierra de la Palestina. *Y cavó en ella un lagar*, abierto en la tierra o en la piedra, para recibir el vino de las cosechas, en lo que ven los intérpretes significado el altar, o la ciencia de los profetas, de donde derivan al pueblo la gracia de Dios. *Y edificó una torre* para su defensa, en la que simboliza el Templo, o el monte Sión, o la seguridad de la protección divina. *Y arrendóla a unos labradores*, a los magistrados civiles y religiosos de la nación, para que la administraran y procuraran su bien. *Y se marchó lejos, para mucho tiempo*, dejando al libre albedrío de los colonos el cuidado de la viña, la que un tiempo había él cuidado por sí mismo, manifestando en Horeb, Sinaí, el desierto, etc., su presencia personal por espacio de muchos siglos.

Y cuando se acercó el tiempo de los frutos, envió a los labradores, sus siervos, para que les pidiesen los frutos de la viña, como suele hacerse con los aparceros: no todos los frutos, sino los que le correspondían según contrato. *Mas los labradores, crueles y malvados, cogiendo a los siervos, a quienes Marcos y Lucas suponen enviados uno después de otro, hirieron al uno, y le despidieron sin darle nada; mataron al otro, después de malherirle en la cabeza y arrojarle fuera, y al otro le apedrearon, ultrajándole y enviándole vacío*. Es viva descripción simbólica de lo que los antiguos jefes de Israel hicieron con los profetas que Dios les enviaba para recordarles sus deberes y argüirles por sus vicios: así, hirieron a Jeremías, mataron a Isaías, aserrándole por en medio, apedrearon a Zacarías, etc. (cf. Jer. 2, 30; Act. 7, 52; Hebr. 11, 35-38).

Contrasta con la crueldad de los colonos la bondad y paciencia del padre de familias, que envía otra serie de legados suyos para recibir los frutos de la viña: *De nuevo envió otros siervos en mayor número que los primeros: y los*

trataron del mismo modo: son los profetas y santos personajes enviados con posterioridad y que, por lo común, fueron maltratados por los jefes de la teocracia. Hasta tal punto llegó la paciencia y benignidad del padre de familias, que, después de plantear en su ánimo el grave problema de la recolección de sus frutos y de quién podría tratar con éxito con aquellos malos colonos, resolvió mandarles a su carísimo unigénito: *Y dijo el padre de familias: ¿Qué haré? Enviaré a mi hijo querido. Y por último les envió su hijo, diciendo*: Quizá, sería una enormidad lo contrario, tendrán respeto a mi hijo al verlo. Pero la condescendencia del señor no hizo más que excitar la codicia de los colonos y hacer su crueldad más odiosa: *Mas los labradores, cuando vieron al hijo, dijeron entre sí: Este es el heredero: venid, matémosle, y tendremos su herencia*. Aquí aplica ya Jesús a sí mismo la parábola: es el Hijo unigénito del gran Padre de familias, por él enviado para recoger los frutos de la justicia; pero los magnates de Israel se han confabulado ya para perderle; la herencia es el régimen del pueblo: «Si le dejamos así, han dicho, ya, todos creerán en él» (Ioh, 11, 47.48), y nos quedaremos sin pueblo: «Conviene que muera un hombre por el pueblo...» (v. 50). Y sigue Jesús profetizando por medio de la parábola: Y cogiéndolo, *lo echaron fuera de la viña, y lo mataron*: Jesús fue echado del gremio de su pueblo por la sentencia que le condenó a morir en manos de gentiles, sentencia pronunciada por el Sinedrion, tribunal supremo de los judíos, y murió fuera de las puertas de la ciudad (Hebr. 13, 12).

Para coger a los sinedritas en sus mismas redes, les pregunta Jesús, dispuesto ya a sacar la moraleja de la parábola: *Pues, cuando viniere el señor de la vida, ¿qué hará a aquellos labradores? Ellos*, que probablemente habían entendido que los colonos crueles eran los romanos, y el hijo de Dios el pueblo de Israel (Ex. 4, 22), a quien los romanos vejaban en forma a veces crudelísima, dijeron: *Vendrá*, el futuro salvador de Israel, y *perderá estos colonos*: a los malos destruirá malamente, acabará con ellos aplicándoles terribles sanciones; de hecho, así murieron los jefes de Israel en la destrucción de la ciudad por los romanos: *Y arrendará su vida a otros labradores que paguen el fruto a sus tiempos*: la viña, los bienes del Señor, pasaron a ser herencia de los gentiles. Pero lo que quizás ellos habían entendido mal, que los colonos eran los romanos, Jesús se lo aplica a ellos: *Al oír esto, dijéronle: No suceda esto*.

Al llegar a este punto culminante, en que aquellos magnates se ven ya señalados como malvados y sacrílegos matadores del Hijo de Dios, Jesús, sobreponiéndose a ellos, y mirándoles, les dice, demostrándoles por medio de la Escritura lo que por la parábola les ha profetizado: ¿Nunca leísteis en las Escrituras: *La piedra que desecharon los que edificaban, ésta fue puesta por cabeza de esquina*? Sois vosotros los arquitectos que teníais la misión de edificar la casa a Dios, que es su pueblo, pero me habéis rechazado a mí; a pesar de ello, yo seré la piedra angular y principal que juntaré y daré estabilidad, unidad y fuerza a todos los pueblos que sobre mí se levanten para formar el gran edificio espiritual del nuevo pueblo de Dios. Y se extasía Jesús, con el antiguo profeta de quien toma el texto (Ps. 117, 22), ante la maravilla de que, quien por permisión de Dios vino a ser reprobado por los jefes de su pueblo, llegue a ser el sostén espiritual del mundo: Por el Señor

fue esto hecho y es cosa maravillosa en nuestros ojos.

A la profecía velada aún a las obcecadas inteligencias de sus adversarios, y a la prueba ya más clara de la Escritura, añade Jesús la declaración, recia y clarísima, de la reprobación de los sinedritas y de sus futuros castigos: *Por tanto*, os digo que quitado os será el Reino de Dios, y será dado a un pueblo que haga los frutos de él: es un vaticinio de la vocación de los gentiles, a quienes concederá Dios sus gracias, que producirán frutos copiosos de santidad (cf. Gal. 5, 22; Eph. 5, 9). Ni vendrá sola la reprobación, sino que llevará anejos terribles e inevitables males: *Y todo el que cayere sobre esta piedra*, que es Cristo, el que tropezare con ella sufriendo escándalo de su humildad y de su doctrina, *será quebrantado*, como vasija de barro que cae sobre una peña. Y aunque no se tropezare con ella, vendrá esta piedra sobre la cabeza de quien la rechazare para triturlarlo: *Y sobre quien ella cayere, lo desmenuzará*, porque no puede haber salvación más que en el nombre y en la persona, de Jesús (Act. 4, 11.12).

El anatema, pronunciado ante la multitud, era demasiado claro y duro para no llevar a la exasperación a aquellos espíritus orgullosos: *Y cuando los príncipes de los sacerdotes, los escribas, y los fariseos oyeron sus parábolas*, la de los dos hijos, la de la viña y la piedra angular, *entendieron que de ellos hablaba*: no lo han comprendido hasta que, por decirlo así, les ha señalado con el dedo. En vez de doblegarse y convertirse, desean deshacerse de él en aquel mismo momento: *Y queriendo echarle mano en aquella hora, temieron al pueblo, y se reprimieron*: porque le miraban las gentes como un profeta. Prefirieron alejarse y dejarle con el pueblo: *Y dejándole, se marcharon*.

(Cardenal Gomá, *El Evangelio Explicado*, Ed. Acervo, Tomo II, Barcelona 1967; pág. 371-374)